

INAUGURACIÓN AÑO ACADÉMICO STUDIUM

ESCUELA INTERDISCIPLINAR PARA LA FORMACIÓN EN MAGISTERIO ECLESIAL Y NORMATIVA CANÓNICA DE LA VIDA CONSAGRADA

SINODALIDAD Y MISIÓN

«El mundo en el que vivimos,
y que estamos llamados a amar y servir
también en sus contradicciones,
exige de la Iglesia el fortalecimiento de las sinergias
en todos los ámbitos de su misión.
Precisamente el camino de la *sinodalidad*
es el camino que Dios espera de la
Iglesia del tercer milenio»¹.

1. UNA IGLESIA SINODAL EN MISIÓN

Al término de la primera sesión de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, cuyo tema es: *Por una Iglesia sinodal: Comunión, participación y misión*, el 28 de octubre de 2023 se publicó el *Informe de síntesis*, que recoge las reflexiones, convergencias, cuestiones a tratar y propuestas sobre el tema de la *sinodalidad*. El título de la *Relación de síntesis*, significativamente, es: *Una Iglesia sinodal en misión*. El 11 de diciembre de 2023 la Secretaría del Sínodo ha publicado un documento con vistas a la prosecución del proceso sinodal hacia la Asamblea del mes de octubre de 2024. Se trata de una **hoja de ruta** en la que **la profundización de la sinodalidad en clave misionera** y la ampliación de las experiencias de sinodalidad a nivel local son las piedras angulares sobre las que las comunidades locales están llamadas a reflexionar².

«Las Iglesias locales y los grupos de Iglesias están llamados a contribuir, profundizando en algunos aspectos del Informe de síntesis que son fundamentales para el tema del Sínodo, a partir de una pregunta orientadora: **“¿CÓMO ser una Iglesia sinodal en misión?”**. El objetivo es identificar **los caminos a seguir y los instrumentos a adoptar** en los diferentes contextos y circunstancias, para potenciar la originalidad de cada bautizado y de cada Iglesia en la misión única de anunciar al Señor Resucitado y su Evangelio al mundo de hoy. No se trata, por tanto, de limitarse al plan de mejoras técnicas o de procedimiento que hagan más eficaces las

¹ FRANCISCO, *Discurso durante la Conmemoración del 50º aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos*, Vaticano, 17 de octubre de 2015.

² Cfr. https://www.synod.va/content/dam/synod/news/2023-12-12_towards-2024/2023.12.12-ESP-Press-Release.pdf

estructuras de la Iglesia, sino de trabajar en las formas concretas del compromiso misionero al que estamos llamados, en el dinamismo entre unidad y diversidad propio de una Iglesia sinodal. A este respecto, es útil releer el n. 27 de la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*: «“Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de “salida” y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad. Como decía Juan Pablo II a los Obispos de Oceanía, “toda renovación en el seno de la Iglesia debe tender a la misión como objetivo para no caer presa de una especie de introversión eclesial”». El horizonte hacia el que se proyecta la obra de profundización a partir de la pregunta guía es, por tanto, una reforma animada por el impulso hacia la misión que Cristo nos ha confiado, sostenida por la conversión pastoral que el Espíritu, que según la promesa del Señor nunca nos deja solos, nos invita a realizar y hace posible»³.

Los consagrados y consagradas desempeñan un papel indudablemente importante en la fermentación de una reforma sinodal y misionera en la Iglesia. La *Relación de síntesis* afirma:

« La dimensión carismática de la Iglesia tiene una manifestación particular en la vida consagrada, con la riqueza y variedad de sus formas. Su testimonio ha contribuido en todo tiempo a renovar la vida de la comunidad eclesial, revelándose como un antídoto respecto a la frecuente tentación de la mundanidad. Las diferentes familias religiosas muestran la belleza del seguimiento del Señor sobre el monte de la oración y sobre los caminos del mundo, en las formas de vida comunitaria, en la soledad del desierto y en la frontera de los desafíos culturales. La vida consagrada, más de una vez, ha sido la primera en intuir los cambios de la historia y acoger las llamadas del Espíritu: también hoy la Iglesia necesita su profecía. La comunidad cristiana mira también con atención y gratitud las experimentadas prácticas de vida sinodal y de discernimiento en común que las comunidades de vida consagrada han madurado durante siglos. También de ellas podemos aprender la sabiduría de caminar juntos»⁴.

³ SECRETARÍA GENERAL DEL SÍNODO - XVI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Hacia octubre de 2024*, Vaticano, 11 de diciembre de 2023, p. 2.

⁴ XVI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS - Primera sesión, Informe de síntesis - *Una Iglesia sinodal en misión*, 28 de octubre de 2023, 10.b.

2. TRES ICONOS BÍBLICOS

Propongo que nos dejemos acompañar por la contemplación de algunos iconos bíblicos. Se trata de tres escenas lucanas que creo pueden ser estimulantes y ofrecer sugerencias para la fermentación de un camino sinodal misionero.

2.1 María e Isabel (Lc 1, 39-56)

«En aquellos mismos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: “¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá”.

María dijo:

"Proclama mi alma la grandeza del Señor
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador,
porque ha mirado la humildad de su esclava.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí:
su nombre es santo,

y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.
Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
—como lo había prometido a nuestros padres—
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre”.

María se quedó con ella unos tres meses y volvió a su casa».

Es un cuadro lleno de movimiento externo e interno. Se mueven los cuerpos, las mentes, los corazones, las entrañas, las almas. María e Isabel experimentan la profunda alegría de un encuentro que envuelve no sólo a las dos mujeres, sino también a los hijos de la promesa, fruto de sus entrañas y de una Palabra que, venida del Cielo, se encarna, de maneras totalmente distintas, en el tejido humano de la vida ordinaria de mujeres marcadas y transfiguradas por el hecho extraordinario de la venida del Señor.

María se levanta y va de prisa: convirtiéndose en esposa y madre, impulsada por el Fuego del Espíritu que la llena con su presencia, María no se guarda la alegría, el consuelo. Abrazada por Dios, envuelta en su ternura, corre hacia Isabel para compartir con ella la sombra benéfica que la protege, el abrazo cálido que la sostiene. El primer efecto de la maternidad de María es, pues, el movimiento, el ponerse en camino, el salir de Nazaret para compartir la Alegría: «Quien ama se pone en movimiento, sale de sí mismo, es atraído y atrae, se da al otro y teje relaciones que generan vida»⁵.

Al llegar a la casa de Isabel entra en ella. ¡Qué bonito es este primer paso hacia el otro! Miremos a María que, convertida en morada de Dios, Madre del Hijo, entra en la casa del otro, en su mundo, en su vida, llamando suavemente a la puerta y esperando el permiso para entrar. María entra, no llama a Isabel a salir fuera, sino que entra en su casa y se queda allí, formando parte de la familia, dejando que las costumbres, la lengua, las tradiciones, los sabores, los colores, los aromas, los secretos de Isabel y Zacarías penetren en su alma, enriqueciendo su bagaje interior mientras ella comparte la Plenitud. Entrar, quedarse, saborear el alimento material y espiritual que el otro me ofrece es el primer acto misionero. La misión es dar pero también es recibir, es caminar juntos, en un intercambio recíproco de dones: la Alegría que llena a María, el Hijo que la habita no excluye a nadie y no presume de autosuficiencia, al contrario, ¡expande el corazón de María a los espacios infinitos de la acogida de Dios, a su sed humilde y apasionada del otro!

La Alegría es contagiosa, el Espíritu es incontenible: al oír la voz de María que le ofrece el saludo de paz – *Shalom* – Isabel, anonadada por la experiencia del sobresalto, se convierte – ella también – en voz. Voz de bendición, voz de la bendición que la creación entera eleva a la Madre y al Creador que en ella ama recluirse, acurrucarse, ocultarse, revelarse: ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! El saludo de María desencadena la polifonía de bendición de la creación, reactiva en Isabel los canales por los que fluye esta polifonía, toma carne y voz, se manifiesta en palabra y canto.

⁵ FRANCISCO, *Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo*, Mensaje para la Jornada mundial de las misiones 2019, Vaticano, 9 de junio de 2019.

En Isabel encuentra expresión el estupor atónito de todo el universo: ¿A qué debo que la madre de mi Señor venga a mí? María, que abandona Nazaret y entra en casa de Isabel para compartir la alegría que lleva en su seno, recibe de ella el don del reconocimiento, de la confirmación. Isabel es el eco humano del Espíritu, que repite con voz de mujer, hermana, madre, amiga, lo que María había oído en la Anunciación. ¡Qué hermosa es esta reciprocidad del don! El anuncio suscita el anuncio, la alegría suscita la alegría, la vida suscita la vida, en un intercambio fecundo y gozoso, todo humano y todo divino. Y entonces irrumpen el Magníficat como canto de María a Dios, expresión tierna y fuerte de la potencia del Amor.

La escena de la Visitación se presenta a nosotros como un icono misionero y sinodal por excelencia. María se convierte en misión, “marcada a fuego”⁶ por el Espíritu, enviada con el Hijo y en el Hijo. Pero ella no vive todo esto sola: el encuentro con Isabel, la sintonía, la comunión y la sinergia entre las dos mujeres catalizan la explosión gozosa del Magníficat. El contexto de la visitación nos introduce de alguna manera en la gestación y en el nacimiento de la comunión y de la misión, encarnadas de manera diferente en Juan y en Jesús, en el Precursor y en el Mesías, en el que prepara el camino y en el que es el Camino, en el que es la voz y en el que es la Palabra.

¡María e Isabel tienen tanto que ofrecernos como personas consagradas, como comunidad, como Institutos llamados a ser fermento de una Iglesia sinodal en misión!

Puedo preguntarme:

- ★ *¿Cómo me acerco a la “casa” del otro/a, a su mundo, a su vida, a su cultura, a su manera única de percibir, sentir y comprender el universo?*
- ★ *¿De qué manera mi presencia, mis palabras, mis pensamientos, mis sentimientos y mis gestos transmiten shalom, paz, bendición?*
- ★ *¿En qué medida estoy abierta y deseosa de aprender de quien me encuentro a lo largo del camino de la vida, de las situaciones, de la naturaleza?*
- ★ *¿En qué medida me comprometo en hacer memoria agradecida por lo que he recibido y recibo continuamente de Dios, de los demás, de la creación?*

2.2 Los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35)

«Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: “¿Qué

⁶ Cfr. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, Roma 2013, n. 273.

conversación es esa que traéis mientras vais de camino?”. Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: “¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?”. Él les dijo: “¿Qué?”. Ellos le contestaron: “Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron”. Entonces él les dijo: “¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?”. Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída”. Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”. Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: “Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón”. Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan».

La escena nos presenta un modo de caminar juntos. Es más, dos formas de caminar juntos, en ese primer día después del sábado⁷. Estamos ante un modo de recorrer juntos el camino que conduce *lejos* de Jerusalén, lejos de la comunidad, lejos de la experiencia dolorosa y fatigosa del viernes y del sábado, lejos de la Cruz. Es un camino de descenso geográfico e interior, piernas y corazón sienten el peso de la desilusión, del luto, de la amargura, de la derrota, del paso acompasado por una conversación miope que deja un rostro triste: «Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel...» (Lc 24, 21).

Y hay otro modo de caminar juntos, el del regreso, a altas horas de la noche, hacia Jerusalén, hacia la comunidad, hacia la vida. La oscuridad lo rodea todo, el camino es cuesta arriba pero las piernas vuelan, los ojos brillan de alegría y los corazones se inflaman

⁷ Cfr. FRANCISCO, *Regina Caeli*, 26 de abril de 2020.

por un encuentro que libera los sentidos interiores, los abre a la Luz y despierta un impulso irrefrenable de comunicarla a los demás.

Entre los dos caminos, de hecho, hay un encuentro. Los dos caminantes se convierten en tres. El tercero se acerca a los dos, en su caminar diurno por el camino que aleja de la vida. No impone un cambio de rumbo, sino que se acerca, baja con ellos y en ellos, escucha, hasta que el espacio relacional se abre a una pregunta: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?».

Es la posibilidad de liberar el corazón del dolor que lo agobia, que le impide ver incluso de día. El camino se hace veloz, la senda que se aleja de Jerusalén alcanza su destino, pero los corazones, ahora ardientes, funden su deseo en una invitación cálida e insistente: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Dios entra y permanece. Permanece precisamente allí, con ellos, lejos de Jerusalén. Y precisamente allí, lejos, los dos discípulos se sienten tocados, buscados, confortados, alimentados, curados por Jesús que descendió con ellos en su angustia, en su aflicción, en su huida. Renovados por el Pan partido, liberados de las tinieblas del corazón, ya no tienen miedo de la noche exterior: Jesús está ahora en ellos, con una presencia interior, y la misión es urgente. Urge volver inmediatamente a Jerusalén, a la comunidad de los discípulos. Urge la comunión, urge encontrarse, reunirse, caminar juntos y anunciar a todos que la noche ya es luminosa.

Hay un caminar juntos lejos de Dios, introvertido, autorreferencial, cerrado a la luz, rumiando juntos nuestras cargas, nuestras fatigas y nuestras enfermedades, prisioneros de la desolación. Es un caminar juntos que adormece los sentidos interiores, que hace que el corazón sea incapaz de reconocer el bien, oprimido por un dolor que degenera en mal, un mal que contagia, infecta. Sí, existe un caminar juntos, una especie de alianza, una solidaridad en el mal, una “sinodalidad enferma”, replegada sobre sí misma, que produce un movimiento regresivo, alejado de la vida, del Amor, de Dios.

Y existe un caminar juntos hacia Dios, un caminar misionero, en salida, “corazones fervientes y pies en camino”⁸, que puede ser agotador, nocturno, pero está animado por la alegría de un encuentro que da alas a los pies y al corazón, que libera, cura, apasiona, enciende nuestro deseo de estar con Jesús, de acogerlo en nosotros, de ser suyos, de convertirnos también nosotros en pan partido, de anunciarlo a los demás, a todos. Esta es la sinodalidad cristiana, que es misionera.

Podemos preguntarnos:

★ *En nuestro caminar juntos, como comunidad, como Institutos, como vida consagrada, como Iglesia, ¿hacia dónde vamos?*

⁸Cfr. FRANCISCO, *Corazones fervientes, pies en camino*, Mensaje para la 97ª Jornada Mundial de las Misiones 2023, Roma, 6 de enero de 2023, 22.

★ *¿Qué conversaciones mantenemos entre nosotros a lo largo del camino?*

2.3 Pablo y Lidia (Hch 16, 11-15)

«Nos hicimos a la mar en Tróade y pusimos rumbo hacia Samotracia; al día siguiente salimos para Neápolis y de allí para Filipos, primera ciudad del distrito de Macedonia y colonia romana. Allí nos detuvimos unos días. El sábado salimos de la ciudad y fuimos a un sitio junto al río, donde pensábamos que había un lugar de oración; nos sentamos y trabamos conversación con las mujeres que habían acudido. Una de ellas, que se llamaba Lidia, natural de Tiatira, vendedora de púrpura, que adoraba al verdadero Dios, estaba escuchando; y el Señor le abrió el corazón para que aceptara lo que decía Pablo. Se bautizó con toda su familia y nos invitó: “Si estáis convencidos de que creo en el Señor, venid a hospedaros en mi casa”. Y nos obligó a aceptar».

El episodio narra la entrada del Evangelio en Europa. El Espíritu hace “cambiar de rumbo” a Pablo y a Sila que, abandonando los proyectos de evangelización en Misia, bajan a Tróade. Pablo siente la llamada de ir a Macedonia y se pone en camino. Aquí inicia la sección “nosotros” de los Hechos de los Apóstoles, en la cual el Autor es partícipe del viaje. Una sección “sinodal”, tras el desencuentro entre Pablo y Bernabé por la presencia del joven Marcos.

«Se había apenas celebrado el concilio de Jerusalén (Hch 15), los caminos del Evangelio comienzan a expandirse más allá de la tierra de Israel, no exento de **tramos accidentados**. (...) Tenemos que imaginar un proceso de ardua comprensión. **La diferencia – o incluso el conflicto – que es necesaria y fecunda en la Iglesia, se distingue, sin embargo,** de la disputa venenosa porque nunca demoniza al adversario, sino que le da cabida. Separados los caminos, Pablo con sus colaboradores se encuentran enseguida ante **obstáculos imprevistos** (...). Nos lo ha recordado el Papa Francisco en la homilía de apertura [de la] Asamblea sinodal: “Muchos caminos misioneros acaban en senderos sin salida, en realidad la crisis abre nuevas visiones de Iglesia”. (...) Y la Iglesia desembarca en Europa, y lo hace de una forma sorprendente, nueva: a partir de los márgenes, de las orillas del río, a las afueras de la rica ciudad romanizada. “...mujeres que se habían reunido allí a rezar”. Curiosamente, una liturgia fuera del ritual, femenina, al aire libre, acoge a Pablo. El apóstol, en esta ocasión no inicia, como lo hace normalmente, desde la sinagoga (probablemente en Filipos, colonia romana, ni siquiera existe). Participa en una liturgia “no ritual” con estilo femenino, irrumpiendo en la misma con la palabra del Evangelio. (...) Así comienza la difusión del Evangelio en Europa. En Filipos, la misión sale de un territorio delimitado, y encuentra espacios nuevos. Nuevos lenguajes inaugurados por las mujeres, que Pablo no desprecia, sino que acoge como un *kairos*: les lleva el anuncio y entra en diálogo. Lidia,

humilde adoradora de Dios y comerciante de púrpura, se convertirá en la primera creyente en tierra europea»⁹.

Pablo y sus compañeros dialogan con las mujeres. Lidia, mujer de oración y emprendedora mercader de púrpura, abre su corazón a la Palabra, y su casa, su vida, sus relaciones, su mundo, son iluminados y fecundados por el Evangelio. Acoge a Cristo, pero acoge también a aquellos que son de Cristo: Pablo y sus compañeros han sido acogidos en su casa¹⁰, es decir, entran a formar parte de una red de vínculos que custodia, repara, fortifica, nutre. «Se bautizó con toda su familia y nos invitó: “Si estáis convencidos de que creo en el Señor, venid a hospedaros en mi casa”. Y nos obligó a aceptar». Nos cuesta imaginar cómo es posible obligar a alguien como Pablo a hacer algo... Estamos ante una transformación. No sólo del corazón de Lidia, sino también del de Pablo. Pablo, el intrépido apóstol al que no le gusta comer gratis del pan de los demás y que trabaja día y noche para no ser una carga para nadie (cf. *2 Tes* 3,7-8), abre su corazón para **recibir** el calor y el consuelo de la casa de Lidia, a la que más tarde querrá volver tras su detención (cf. *Hch* 16,40). Lidia acoge el Evangelio; Pablo aprende a dejarse acoger y a recibir con gratitud y humildad los dones materiales, espirituales y relacionales de Lidia y su horizonte cultural.

Podemos preguntarnos:

- ★ *¿Cómo vivimos las diferencias entre nosotros?*
- ★ *¿Cómo gestionamos las desavenencias?*
- ★ *¿Cómo acogemos la voz del Espíritu que, de las formas más variadas, nos invita a cambiar de camino?*
- ★ *¿Cómo nos disponemos para identificar la voz del Espíritu que habla como quiere, dónde quiere y a través de quién quiere, dentro y fuera de los espacios de los esquemas mentales ya adquiridos?*

3. SEMBRAR Y COSECHAR

La siembra y la cosecha representan, para todo agricultor, el comienzo esperanzador y la celebración agradecida del ciclo agrícola. Ambos movimientos están inseparablemente unidos y derivan el uno del otro. No tendría sentido sembrar sin esperar la cosecha. Y no habría cosecha sin la tenacidad confiada de la siembra. El camino de una Iglesia sinodal en misión puede inspirarse e iluminarse en la fructífera interacción de estos dos movimientos, que también representan dos paradigmas de misión inclusivos y complementarios. Si por una parte los Evangelios presentan la imagen de la siembra (por ejemplo *Mt* 13,1-23; *Mc* 4,3-9; *Lc* 8,5-8), por otra parte no falta la referencia a la cosecha (por ejemplo *Mt* 9, 37-38;

⁹ M. I. ANGELINI, *Apuntes espirituales*, XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, Congregación general VIII, Roma 13 de octubre de 2023. <https://press.vatican.va/content/salastampa/it/info/2023/10/13/synod23---ottava-congregazione-generale---spunto-spirituale-le-d.html>

¹⁰ Cfr. FRANCISCO, *Audiencia General*, 30 de octubre de 2019.

Lc 10, 1-2; Jn 4, 35-38;)¹¹. Los discípulos misioneros son enviados, juntos, a sembrar el Evangelio. Pero son también invitados, juntos, a recoger la cosecha sembrada y que Otro ha hecho crecer. En la tierra de Samaría, después del encuentro con la mujer samaritana en el pozo, Jesús dirige estas palabras a los discípulos: «Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega. (...) Yo os envié a segar lo que no habéis trabajado» (*Jn 4, 35.38*). El paradigma de la cosecha abre la misión a la dimensión de la receptividad -que se manifiesta también en una mirada contemplativa y en una escucha activa, humilde y profunda- que nos llama a discernir, reconocer, celebrar y cosechar con alegría los dones que Dios ha sembrado ya a manos llenas más allá de todas las fronteras geográficas, culturales, étnicas, sociales, mentales y religiosas.

Ven, Señor Jesús, y haz de todos nosotros, consagrados y consagradas, fermento cada vez más vivo de una Iglesia sinodal misionera; ven, Señor Jesús, y transfórmanos en humildísimos y tenaces sembradores y sembradoras de la Palabra, en cualquier terreno donde nos encontremos; ven, Señor Jesús, y envíanos, humildísimos y apasionados espigadores y espigadoras de la mies que Dios ha hecho crecer en el corazón de cada persona, en los pueblos, en la creación.

Hna. Simona Brambilla, MC
Roma, 20 de diciembre de 2023

¹¹Para profundizar en el paradigma misionario de la cosecha en los textos lucanos, se remite al trabajo de G. FRIZZI, *Luca teorico e testimone della missione*, Urbaniana University Press, Roma 2013.